

miración, con otros, y la sabiduría con que se va complicando la acción y enriqueciendo el enredo. En este sentido, la influencia de las *Etiópicas* se desarrollará no sólo en el plano argumental, sino también en el estructural, pues a nuestros escritores les interesa conseguir que sus lectores compartan con los protagonistas esas peregrinaciones llenas de accidentes azarosos y sorprendidos acontecimientos. Mucho menor será, por el contrario, la influencia que reciban de Heliodoro en el plano ideológico o estético.

Si el viaje era el elemento fundamental de la novela griega de aventuras, también lo será para nuestros novelistas, y ello tanto en la novela larga como en las cortas. Hay, incluso, textos en los que el viaje funciona como motivo generador de la narración; así ocurre con el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas o con el *Pasajero* de Suárez de Figueroa⁵⁸.

La *Historia Etiópica*, en este sentido, fue una obra original para su época, pues presentaba una estructura lineal, no circular, del viaje de los protagonistas (como en la *Odisea*, en Jenofonte de Éfeso, etc.). Los héroes de las *Etiópicas*, tras su peregrinación por el mundo, no necesitan volver a su hogar, a su patria. Es el viaje en sí, el puro deambular de sus personajes, lo que en Heliodoro resulta más importante.

Esta linealidad no fue seguida por nuestros novelistas. En sus obras podremos señalar distintas razones por las que los protagonistas emprenden el viaje, pero la mayoría de los viajes emprendidos acabarán con la vuelta al hogar o a la patria, unas veces para meterse en un convento o en un monasterio, otras tan sólo para morir en casa⁵⁹.

En primer lugar, encontramos un alto porcentaje de viajes que se inician para huir por haber cometido un delito o una transgresión de la moral social. En este sentido, el viaje funciona como peregrinación purificadora para expiar una culpa. Este viaje expiatorio servirá para que el héroe ponga a prueba su constancia en el amor y en el mantenimiento de su castidad o de la fidelidad debida a su amante, sean cuales fueren los obstáculos con los que se encuentre y que tenga que superar.

Por ejemplo, en *De la juventud* de Lugo y Dávila, se incluye la historia de un personaje que mata en duelo al hermano de su dama y huye. A partir de ahí se suceden mil peripecias hasta que, tras una tormenta, cae prisionero en Argel. En *La persiana* de Camerino, el héroe mata al oponente y escapa a Constantinopla disfrazado de turco. Se enamora en Persia, pasa por una serie de pruebas —entre ellas, la lucha contra un «gigante sátrapa»—, hasta que, por fin, reemprende el camino hacia su patria. De vuelta a España, los enamorados sufrirán cautiverios, raptos, se perderán y se encontrarán, caerán en poder de los ingleses y, al fin, después de muchas aventuras, llegarán a puerto cristiano. Con el bautizo de la joven persa

⁵⁸ Vid. P. Palomo, op. cit., pág. 63.

⁵⁹ Los finales felices en matrimonio son frecuentes, pero no tanto como para que la crítica haya considerado el final feliz como una característica de nuestras novelas cortas y cortesanas. Vid. A. Martín Gabriel, art. cit., pág. 224 y ss.

termina la novela. En *La desdicha en la constancia* de Miguel Moreno, el héroe mata sin querer a su hermano y huye a Sicilia⁶⁰. En el camino cae preso y lo llevan cautivo en un barco hasta Constantinopla, padeciendo en el viaje todo tipo de tempestades, naufragios, hambre y demás penurias. Cuando consigue volver a Nápoles e intenta rescatar a su amada, la muerte los aguarda a ambos en un trágico final.

Pérez de Montalbán presenta un caso original en la novela que titula *La prodigiosa*. Gesimundo, tras herir a su hermanastro por problemas de sucesión al trono, decide abandonar la vida de corte y se convierte en hombre salvaje. Recluido en una isla, se lamenta de su soledad, de su querida esposa, a quien cree muerta, y de su reino. Pero el azar llevará allí a una hija, que nunca supo que tenía, y a su mujer, que no ha muerto. La anagnórisis final y la recuperación del trono pondrán el broche a las últimas escenas. En *El envidioso castigado* (también de Montalbán), tras descubrirse las relaciones amorosas entre el segundón y su dama (a la que pretende el primogénito), los amantes huyen a una quinta, fingiéndose hermanos «hasta que se acercaba la noche y dejaba de ser hermano de su querida Estela» (ed. cit., pág. 119). Tras algún enredo, confusión, otra huida y una estancia entre pastores, todo acaba en final feliz. La transgresión es perdonada.

En *El casamiento engañoso* de Camerino, el héroe mata a su rival y se escapa con su dama a Francia. Se separan, son apresados por bandidos disfrazados de pastores, se encuentran sin reconocerse, pues ella está vestida de varón para proteger su castidad, y tras una anagnórisis final, se casan. Cuando esperamos el final feliz, aparece un hermano de la joven que resulta ser el vengador de la familia y mata a los esposos. También tiene un final trágico otra novela de Camerino, *El amante desleal*. El héroe huye en un bajel flamenco, tras herir a su oponente. El capitán flamenco lo vende a los turcos como esclavo, pero logra escapar. En la huida vendrán las tormentas y los naufragios, se enamorará de una flamenca, a la que acabará abandonando, y, al volver a su patria, decidirá cambiar de identidad antes de encontrarse con sus padres. Éstos no le reconocerán y le matarán para robarle.

En un segundo tipo, el viaje se produce de manera inesperada. Es un viaje que sirve de excusa al novelista para alejar a los enamorados y provocar alteraciones en la armonía de su relación. En estos casos pueden mantenerse la fidelidad y la castidad, si se sigue el modelo bizantino, o, por el contrario, olvidando el optimismo de Heliodoro, acabar cayendo en el desengaño y acercarse a finales más próximos a los modelos no tan castos de los *novellieri*.

⁶⁰ Las huidas a Flandes, Italia, Francia y el paso por Constantinopla son muy frecuentes. Acerca de las reuniones de huidos en Flandes vid. C. B. Bourland, op. cit., pág. 43.

Por ejemplo, en *Aurelio y Alejandra* de Ágreda y Vargas, el héroe emprende un viaje de negocios y, en su ausencia, surge un nuevo pretendiente que es más del gusto de la familia de la dama. Ésta obedece en apariencia a sus padres y accede al casamiento, pero el día antes de la ceremonia, se finge muerta en complicidad con un criado y un médico. La treta falla y la dama muere de verdad, en un típico caso de enterramiento en vida. Junto a su tumba morirá de horror Aurelio, al volver de su viaje.

En *La firmeza bien lograda* de Camerino, una breve ausencia del enamorado trae como consecuencia que la dama desaparezca y los enamorados pierdan el contacto, convirtiéndose la novela en una continua búsqueda mutua. Hay corsarios rodios, islas deshabitadas, tormentas, huida de la esclavitud y un casual encuentro por el que el protagonista se entera de que su dama ha caído presa de unos temibles bandoleros y éstos la han vendido a unos piratas. Pero, a pesar de todos los avatares sufridos por la doncella, ésta ha conseguido mantener intacta su castidad y el final, por tanto, es feliz.

Los peligros de la ausencia de Camerino tiene también su *happy end*. El héroe tiene que viajar por negocios y deja al cuidado de su mejor amigo a su dama. El amigo se enamora de ella, pero ella se mantiene fiel, como nueva Penélope, a pesar de los muchos pretendientes que se le presentan. Por el contrario, en *La fuerza del desengaño* de Pérez de Montalbán, cuando el héroe se va por negocios de una herencia, la dama se casa con otro. Hay en esta novela una serie de elementos tradicionales, como son unas cartas que no llegan nunca a su destino y otras que son falsificadas por los padres de la dama. Loco y desengañado, el joven recibe la visita de la Muerte, tras de lo cual decide ingresar en un monasterio.

Un tercer tipo de viaje será el emprendido para obtener la fama tras un desengaño. Podría servirnos de ejemplo la novela de Lugo y Dávila *De la juventud*, en la que el héroe parte desengañado hacia Italia y elige la milicia «conociendo este camino por el mejor para los que pretenden honra y nombre de famoso» (ed. cit., pág. 281). Volverá efectivamente famoso y, como ha muerto su oponente, podrá casarse al fin con su dama.

En *Los primos amantes* de Montalbán, el protagonista, pobre y enamorado de su bella prima, sale en busca de fama hacia Sevilla y, desde ahí, embarca rumbo a América. La dama, temiendo perderle, se disfraza de varón y huye tras él, pero no le encuentra. El joven superará toda una serie de pruebas que le harán digno de su enamorada. Y será su padre quien, al final de la novela, volviendo rico de América, consiga que los jóvenes tengan un matrimonio próspero y feliz.

El cuarto tipo será el del viaje que se emprende como fuga tras haber caído en la cautividad o ante un peligro repentino. El primer caso es el más frecuente y podemos incluirlo dentro de los anteriores. Del segundo

caso pondremos como ejemplo la novela *Premiado el amor constante* de Lugo y Dávila, donde los protagonistas huyen de Cartago (ambos se creen tunecinos y allí viven) ante el ataque de tropas alemanas. Tras un intento de violación de la joven y un lamento al estilo del «miré los muros de la patria mía» quevedesco por parte del joven, ambos comienzan su peregrinación. Después de asistir a una fiesta pastoril, caen presos y el azar los separa. Ella descubre, tras una serie de odiseas y en presencia del emperador Carlos V, que es cristiana, por lo que vuelve a España. En el viaje cae prisionera, consigue defender su castidad y, al final, decide hacer votos para ingresar en un convento. El joven, reponiéndose de sus heridas en un barco, se entera de su origen cristiano y el azar le conduce, también, a los pies del emperador Carlos V, quien le reconoce en seguida por un anillo que lleva en el dedo. Con la anagnórisis final, y tras obtener la dispensa del voto religioso que la joven había hecho, se casan en Roma.

En último lugar, se puede plantear el viaje como excusa para describir paisajes exóticos o las ciudades por las que se pasa: sus costumbres, sus monumentos, sus posadas, sus calles. El viaje también puede concebirse con una finalidad pedagógica, como hace Camerino, cuando en su novela *La catalana hermosa* dice que los viajes «despiertan con sus variedades los entendimientos de los más torpes» (ed. cit., pág. 212).

Los viajes que aparecen en nuestras novelas responden, en su mayoría, a la idea del viaje que se emprende para huir de algo⁶¹. El héroe puede iniciar, también, el viaje con el fin de evadirse de una serie de trabas sociales, de condicionamientos religiosos o políticos. El lector disfrutará viendo cómo actúa el personaje, viéndole moverse de lugar en lugar, con esa libertad de movimientos y de ideas que demuestran tener los protagonistas. Las aventuras hacen sufrir a los héroes y les llevan por distintos derroteros, y es justamente eso lo que más parece entretener al lector. Los continuos avatares y cambios de lugar facilitan la evasión del lector, que, por un momento, se olvida de sus ocupaciones y se distrae compartiendo con el protagonista una vida de continuos cambios y sorpresas, bien distinta de la monotonía y el estatismo de la suya propia. Así, pues, se mantiene la concepción del pecado de *hybris*, como en la novela griega, y el viaje es un viaje de purificación.

Cierto es que el movimiento y los cambios espaciales son una de las características de nuestras novelas. Pero a lo largo del siglo XVII se va produciendo una evolución en el tratamiento de los espacios que recorren los personajes.

Si, como dice Pabst, el lugar de la acción «está situado en casi todas las novelas cortas cervantinas en la calle, en los caminos, el campo o el mar»⁶², a medida que avanza el siglo vemos una tendencia a cerrar más

⁶¹ W. Pabst habla de héroes que emprenden sus viajes impulsados por unas fuerzas interiores desconocidas por ellos mismos. Se refiere también a un cierto carácter de «errabundez» en los héroes de las novelas barrocas, como «expresión de su propio desasosiego interior» (op. cit., pág. 228).

⁶² Op. cit., pág. 227.